

galidad e ilegitimidad, minaban la dictadura. Simultáneamente, sin embargo, las grandes mayorías se habían deslizado hacia el más hondo y crudo escepticismo.

En ese contexto, tres días después de la brutal represión a la primera manifestación pública de la Confederación General del Trabajo, realizada el 30 de marzo de 1982, estalló la guerra de las Malvinas. El pueblo salió rápidamente del escepticismo y apoyó, en muchos casos sin reservas, el accionar de la Junta Militar. En mi caso, aunque reivindicué la guerra de las Malvinas, había leído y enseñado demasiadas veces la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel como para ignorar que la fe ciega es una consecuencia necesaria del escepticismo, en última instancia tan fallida, tan propia de una lógica de esclavo, como él.

El resultado es conocido: a la derrota de lo popular en 1976 se sumó la de lo nacional en el 82. Y, por supuesto, otra vez los muertos. Más muertos. El retorno a la democracia —a una democracia aún hoy altamente condicionada, no en último lugar, por una monstruosa, ilegítima e impagable deuda externa— siguió, casi sin solución de continuidad, a la derrota militar.

Confieso que me costó —y todavía me cuesta— comprender lo que pasó entonces. Mi espíritu de lucha había permanecido intacto. Es más, se había potenciado. Pero la sociedad argentina —no lo entendí inmediatamente— se había modificado en forma profunda y duradera. Los años de brutal represión, los incipientes cambios internacionales, la destrucción de la industria, el exilio y el borramiento de los intelectuales, los creadores, los pensadores, las derrotas, el vaciamiento cultural, habían generado un clima que propiciaba reclamos elementales, casi inimaginables en comparación con las exigencias de los 70. Poco más o menos, se trataba de respirar. Los anhelos de los sectores medios —en su momento, cómplices del golpe del 76— determinaban el panorama. La vigencia de los derechos humanos, entendidos como el «libre» ejercicio de los derechos individuales, pisoteados —junto con cosas tan o más importantes— durante tantos años, aparecía como panacea. Alfonsín y el partido radical fueron quienes mejor interpretaron esa situación y así se explica el triunfo electoral del 83.

El peronismo, vaciado de todo contenido revolucionario, inició el camino de adaptación a los requerimientos de la nueva sociedad. Su sector político —por definición,

el más sensible a las exigencias inmediatas de la gente— dio comienzo, luego de la derrota electoral, a un decidido proceso de transfiguración. Se trataba de adecuarse al imperio de un nuevo principio. Los mecanismos y valores de la democracia formal, que durante décadas ocuparon un lugar secundario en la consideración e intereses de la sociedad argentina, cubrían todo el espacio del juego político.

Mi pensamiento transcurría, mientras tanto, por otros carriles. Yo estaba seguro —lo sigo estando— de que el ejercicio de la democracia formal no garantizaba por sí mismo la consecución de los grandes objetivos nacionales. A la luz del pensamiento nietzscheano —y no sólo a su luz— las exigencias manifiestas de las clases medias se me mostraban como requerimientos propios del «último hombre». A mi juicio, la masa, una masa inorgánica y amorfa, había reemplazado al pueblo. Las acusaciones de fundamentalismo no se hicieron esperar. Varias intervenciones públicas —de carácter explosivo— me llevaron a advertir que la gente estaba lejos de querer una vida afirmativa, de retomar el incierto camino del riesgo y de la lucha. El «proceso de reorganización nacional» había cumplido su cometido. La voluntad había desaparecido. Razones, por cierto, no faltaban.

Al mismo tiempo, el clima intelectual había cambiado notoriamente. En filosofía, el neopositivismo, tomando casi por asalto las cátedras universitarias, daba la tónica. Sin embargo, el «pensamiento débil» comenzaba a despuntar en sus dos versiones dominantes y complementarias: el neorracionalismo de Habermas y Apel y el posmodernismo de Vattimo, Baudrillard, Lyotard. Foucault empezaba a ganar un espacio que *a priori* parecía perdido para siempre. Los exiliados, por su parte, volvían al país predicando casi a coro las virtudes de la socialdemocracia. La libertad de expresión se proclamaba como un fin en sí. Artistas y literatos exaltaban unánimemente el pluralismo y el disenso, aunque sin proponer mayores contenidos. El psicoanálisis, fortalecido durante los años de la represión, ocupaba un inmenso espacio en la escena intelectual argentina. El «deseo» se convertía en una dimensión fundamental de la subjetividad. Las elaboraciones de los que habíamos permanecido en el país y no habíamos renunciado a pensar, crear y actuar por cuenta propia, se eclipsaban ante la fuerza del nuevo panorama.

¿Qué relación podía tener «mi» Nietzsche, el Nietzsche, es cierto, impugnador de la metafísica europea tradicional, de la metafísica de la totalidad, pero también de la moral, de la cultura y del modo de vida cotidiano europeo occidental, con el alegre danzarín que habría predicado una presunta anarquía, horizonte de una «creatividad» tan confinada de antemano en lo puramente individual como en un recortado y neutralizado terreno «estético»? Sobre todo ¿qué relación podía tener «mi» Nietzsche, el de la voluntad de poder y el superhombre —si la traducción del *Übermensch* por «superhombre» es mala, la traducción por «ultrahombre» es todavía peor— el Nietzsche de la autoafirmación, el del poderoso decir sí, el del sentido de la tierra, el de las fuerzas organizadoras, el de los centros de fuerzas, el de la voluntad junto a la cual se congregan otras voluntades, el de la trasmutación de los valores, el de los imperativos antiliberales hasta la maldad, el de la honestidad respecto del poder, el de los límites éticos inmanentes al poder, el que reconoce como antecedentes a Píndaro, Teognis Calicles, Tucídides, Maquiavelo, el de los filósofos del futuro, filósofos legisladores, liberadores de la teología, el de la Gran Política, y el de tantas otras cosas, con el mero promotor de una producción simbólica tan abstracta como resignada e impotente? ¿Han leído nuestros posmodernos la obra de Nietzsche? ¿Han considerado seriamente siquiera las últimas páginas del célebre libro de Vattimo, *Il soggetto e la maschera* cuando —cierto que en 1974— éste identifica el «ultrahombre» con el proletariado? Si el Nietzsche del nacional-socialismo representó un gigantesco y abominable fraude, el Nietzsche «posmoderno» —y no me refiero sólo a Vattimo, sería preciso detenerse en los usos foucaultianos, derridianos, etc. del pensamiento de Nietzsche— no le va en zaga. Quizás —eso sí— sea más inocuo.

La ilusión alfonsinista estalló en mil pedazos el 6 de febrero de 1989. Quedó a la vista que mientras imperaba el discurso apologético de la «democracia» —siendo estrictos deberíamos decir: del liberalismo o del neoliberalismo—, jalonado por las sucesivas concesiones a los responsables de la represión arrancadas a través de rebeliones armadas, los grandes intereses habían continuado impertérritos la acumulación de poder iniciada decisivamente en 1976. Ahora, el país estaba definitivamente en sus manos.

Mientras tanto, la creciente marginación, producto de la dictadura y agudizada sensiblemente merced a la torpeza e hipocresía de la política económica del radicalismo, había engendrado en el seno del partido justicialista a un nuevo candidato a la presidencia de la Nación. Pocos meses antes del desmoronamiento del gobierno radical los sectores más pauperizados y desintegrados de la sociedad argentina habían consagrado a quien sería —a partir de julio de 1989— el nuevo presidente de la Nación: Carlos Menem.

Entre febrero y julio de 1989, asistimos a un desnudamiento inédito de las verdaderas relaciones de poder que vertebran la nueva sociedad argentina. Ante ello, la hiperinflación que azotó el país durante esos meses, no pasó de ser algo anecdótico, un fenómeno de superficie. Clara muestra, sin embargo, de que el terrorismo económico es también posible. Desde sus comienzos, el gobierno de Menem se instaló de un salto —abstrayendo de toda ideología convencional, haciendo tabla rasa de las posiciones tradicionales del peronismo— en la trama de aquellas relaciones de poder. En este sentido, la temprana alianza con Bunge y Born —un símbolo privilegiado de los grandes intereses económicos, como nunca antes puestos a la vista— tuvo un carácter paradigmático. Enseguida, el derrumbe estrepitoso del socialismo soviético —fenómeno de imprevisibles alcances, apenas tematizado todavía, si descontamos el trivial discurso del periodismo— pareció avalar el camino «pragmático» elegido, y desarmó a los eventuales impugnadores de una maniobra reñida con todos los cánones de la moral tradicional.

El mundo intelectual argentino experimentó entonces un colapso del cual aún no se ha respuesto. No sólo porque el curso de las cosas se revelaba inequívocamente divergente respecto de las supuestas posibilidades rectoras —a nivel político— de una tan predicada como imprecisa profundización de la democracia formal, sino porque pensadores, intelectuales, artistas —también aquella minoría que había perseverado en las viejas ideas de liberación, más o menos «aggiornadas», según los casos— experimentamos sin atenuantes el rotundo fracaso del intento en influir en los rumbos políticos del país.

El paso siguiente fue el retraimiento estoico. Intelectuales, pensadores, artistas, retornaron más o menos rá-

pidamente a sus tareas más próximas, a sus ocupaciones técnicas, desentendiéndose de lo político. Por lo menos, de la aspiración a incidir decisivamente en ello. Simultáneamente, los políticos dieron a entender que convivían más satisfactoriamente con la farándula, con los protagonistas del espectáculo frívolo y pasatista, que con los productores de la alta cultura.

Paso a paso —en eso estamos— los temas dominantes de discusión se fueron imponiendo y procesando sin intervención significativa alguna por parte de los pensadores, los intelectuales, los artistas. Plan económico, reforma del Estado, política educativa y cultural, política social, orientación de la política exterior, rol de las Fuerzas Armadas, papel de la Iglesia Católica y de las otras confesiones religiosas, reforma de la Constitución Nacional, ética individual y social, situación de las ideologías, problema religioso, sida, corrupción, ecología y todo cuanto se quiera imaginar, son cuestiones transitadas por funcionarios y comunicadores sociales, en el contexto de una chatura y banalidad casi inconcebibles.

La cultura argentina en la democracia. Luego de casi diez años de haber despertado de la pesadilla de una dictadura cuyos efectos diferidos seguiremos padeciendo hasta quien sabe cuándo, no podemos decir que nuestra cultura pase por un buen momento. Es cierto que exhibimos una producción aceptable en las cuestiones de nuestra más próxima competencia; también lo es que, al amparo de las libertades públicas, hemos consolidado, al margen de lo estatal, algunas instituciones culturales que sobre la base del esfuerzo de sus adherentes, despiertan y promueven vocaciones, mantienen vivas las inquietudes, ayudan al perfeccionamiento, motivan la creación. Pero no incidimos. Los creadores —por lo demás— se ven compelidos a adaptar su producción a los requerimientos de las grandes industrias culturales que piensan y actúan con criterios estrictamente comerciales. Complementariamente, la inquietud auténtica, la sensibilidad estética y la capacidad de comprensión de la masa cultural disminuyen y se distorsionan a un ritmo vertiginoso. Es obvio que muchos de estos fenómenos no son patrimonio exclusivo de la Argentina. Por último, se ha perdido el diálogo entre los intelectuales y el pueblo que —de muy distinta manera— caracterizó las décadas de los 70 y los 80. La incomunicación y la fractura son hoy incultables.

Indudablemente, es siempre difícil referirse al presente inmediato. Se notará en mi texto. Por poco que se haya reflexionado sobre los 70, sobre la dictadura, por más interrogantes que permanezcan abiertos, debates pendientes, la distancia permite una perspectiva equilibrada. Resulta más fácil totalizar y distinguir lo esencial de lo inesencial. Acontecimientos que hicieron mucho ruido en su momento se convierten en anécdotas intrascendentes que ni siquiera merecen ser narradas. Y viceversa. En cuanto nos acercamos al presente, las observaciones se vuelven más dispersas e inorgánicas, cuesta calibrar la importancia relativa de los distintos fenómenos. Además, la caída del gobierno militar, por un lado y, por otro, el profundo cambio en la situación internacional en los últimos años, es decir, la planetarización de la economía de mercado y la democracia liberal, ha abierto la Argentina al mundo con una velocidad y en una escala jamás conocidas en el pasado. No es sencillo prever qué consecuencias tendrá a mediano plazo sobre nuestra cultura esta situación.

En lo inmediato, advierto, sin embargo, una tendencia peligrosa. Es el deslizamiento de la cultura argentina —no me refiero al pueblo hoy anestesiado, sino a los profesionales de la cultura— hacia cierto resentimiento, revestido de argumentos provistos por una vieja moral. Ante todo, ello revela que el estoicismo no resulta del todo satisfactorio. Es natural: la profunda transformación del rol del intelectual en los 70 ha dejado su huella. Aun cuando, eventualmente, en 1976 —como insinué más arriba— la cultura argentina hubiera perdido la guerra. La mayoría de los intelectuales, artistas y pensadores argentinos, no pueden renunciar definitivamente, sin grandes conflictos, a influir en la vida de su comunidad. Nos hemos volcado al estoicismo, hemos retornado a un estrecho profesionalismo, en ocasiones semijustificados por apelaciones a ciertas elaboraciones «posmodernas», porque —una vez más— hemos perdido.

Pero atendamos aquí otra vez —por última vez— a Nietzsche. Al Nietzsche que meditamos en el marco de la dictadura, al Nietzsche que nos orientó en el marco de la experiencia democrática del 83 al 89. Acaso también hoy —en esta Argentina desorientada y errabunda— tenga algo que decirnos. Pues si «Dios ha muerto», esto es, si todos los valores tradicionales generados por Occidente ya no valen, si ya no son vinculantes —fenómeno de al-